

Capítulo 6.

Ternura en la educación: reflexiones para una pedagogía incluyente desde una perspectiva teológica

Así dice Yahveh: Mirad que yo tiendo hacia ella, como [un] río la paz, y como raudal desbordante la gloria de las naciones. Seréis alimentados, en brazos seréis llevados y sobre las rodillas seréis acariciados. Como uno a quien su madre le consuela, así os consolaré yo.

Is 66: 12-13.

Guillermo Meza Salcedo¹

Introducción

A lo largo de la historia, la educación se ha vivido desde diversos paradigmas antropológicos, ontológicos, epistemológicos y metodológicos, dando respuesta a los contextos culturales donde se desarrolla, sea para afirmar, cuestionar o transformar dichos contextos (Ginestet y Meschiany, 2016). Así, en las prácticas educativas, subyace una gama de modelos pedagógicos que son asumidos por los maestros y maestras, incluso por las instituciones públicas y privadas, en las que se pone en juego el acto educativo en todos los niveles de la educación. En este sentido, De Zubiría (2006) infiere que la educación ha sido influenciada por diversos modelos pedagógicos y teorías que atienden a diferentes técnicas, proponen distintos roles de docentes y de estudiantes, así como diversos propósitos y metodologías.

En la educación ha habido avances significativos respecto a la calidad y la inclusión educativa, con nuevas propuestas pedagógicas y políticas públicas que la asumen como un derecho; no obstante, esto continúa

¹ Licenciado en Teología Pastoral y magíster en Filosofía Latinoamericana. Docente investigador de la Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO (Ibagué). Correo electrónico: guillermo.meza@uniminuto.edu. Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-9707-6519>

siendo un reto en algunos países de América Latina y el mundo. Por ejemplo, Delors (1996) en el informe “La educación encierra un tesoro” plantea cuatro pilares que deben ser el soporte para una educación del siglo XXI: “aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir con los demás y aprender a ser”. En dicho informe expresa que la labor educativa se ha visto enfocada a acompañar los procesos de aprender a conocer y, en menor medida, a aprender a hacer; por supuesto, dejando de lado los otros dos pilares.

En el caso colombiano, si bien se tiene una política de inclusión y calidad educativa, se evidencia que en el Plan Nacional Decenal de Educación 2016-2026, el camino hacia la calidad y la equidad le apuesta a responder a diez desafíos estratégicos para el país, su implementación apenas es incipiente, pero esperanzadora y desafiante a la vez. Por tanto, contar con proyectos curriculares flexibles con enfoque pluralista y diferencial, además de tener una formación para la vida ciudadana que brinde elementos para la convivencia, la inclusión, el desarrollo productivo, el cuidado del ambiente y la construcción de la paz, entre otros, es una realidad escatológica, en el sentido que ya está, pero todavía no en su plenitud.

Así pues, una educación en el marco de la atención integral del ser humano la cual permita hacer realidad esos cuatro pilares de la educación ya señalados, es una tarea esperanzadora. Por ende, la atención a la diversidad y la cuestión de la inclusión educativa hacen parte de las grandes preocupaciones que se piensan desde la academia y las políticas públicas con un énfasis en las personas con necesidades educativas especiales —asociadas o no a discapacidades—, así como la determinación del contexto más favorecedor para su desarrollo.

Al hablar de educación inclusiva, Moliner (2013) y Plancarte (2017) extrae algunas definiciones de varios autores que nos sirven de pretexto para hacer el enlace con la pedagogía de la ternura de Cussiánovich (2010), teniendo también en cuenta algunos aportes de lo que se ha llamado la pedagogía de la solicitud, la pedagogía de la sensibilidad, el tacto pedagógico (Manen, 2010) y la pedagogía de los cuidados (Aguado *et al.*, 2018).

Entendemos que la educación inclusiva es un proceso en el cual la escuela común o regular y los establecimientos dedicados a la educación —junto con todos sus actores— se transforman para que todos los niños y niñas reciban los apoyos necesarios para desarrollar sus potenciales académicos y sociales, lo cual implica eliminar las barreras existentes en el medio físico, las actitudes, la comunicación, el curriculum, la enseñanza, la socialización y la evaluación en todos los niveles (Plancarte, 2017). Es una mejor forma de vivir. Es lo opuesto a la segregación y el *apartheid*. La «inclusión» determina dónde vivimos, recibimos educación, trabajamos y jugamos. Tiene que ver con el cambio de nuestros corazones y valores (Moliner, 2013).

Es importante señalar que la pedagogía de la ternura, en cuanto a su despliegue teórico nace en el contexto de violencia política y armada; de realidades de exclusión social, de desplazamiento forzado en algunos países de América Latina a partir de la experiencia de maestros y maestras en medio de ellas. *El derecho a la ternura* del colombiano Luis Carlos Restrepo (2003) y los módulos de *Pedagogía de la ternura* para la formación de oficiales de la Policía Nacional del Perú en 1995 de Cussiánovich (2010), evidencian esta perspectiva de la ternura para restituir la dignidad de las personas en medio de los contextos de vulnerabilidad.

Sociedades excluyentes

En la actualidad, el ser humano, que necesita existir en un clima de humanidad, bajo el calor del hogar y en un contexto de solidaridad y de amor, se encuentra desafortunadamente muy solo. Y aunque vive *on-line* con el mundo virtual, las redes sociales, la sociedad de la información y además fomenta la continua globalización de la existencia más vulgar, al mismo tiempo —paradójicamente—, esa misma generación está con frecuencia *off-line* de las grandes cuestiones que afligen a toda la humanidad, concretamente, a su comunidad próxima de pertenencia, pues las familias son menos estables y se vive menos en comunidad (Meza, 2007; 2016). En relación con lo anterior, el escritor Ernesto Sábato (citado por Guerrero, 2007) expresa que:

Cuando multitudes de seres humanos pululan por las calles de las grandes ciudades sin que nadie los llame por su nombre, sin saber de qué historia son parte, o hacia dónde se dirigen, el hombre pierde el vínculo ante el cual sucede su existencia. Ya no vive delante de la gente de su pueblo, de sus vecinos, de su Dios, sino angustiosamente perdido entre multitudes cuyos valores no conoce, o cuya historia apenas comparte (p. 469).

Además, vivimos en sociedades aporofóbicas (Cortina, 2017), sociedades excluyentes que construyen muros en lugar de puentes, donde los de fuera, es decir, los excluidos están amenazados por la carencia de los bienes básicos para vivir humanamente; además su capacidad relacional pende de un hilo, que en cualquier momento puede romperse. Hay inseguridad e inestabilidad en lo que les da sentido y significado a sus vidas, quedan atrapados en una situación de postración emocional que afecta su confianza básica, su capacidad de lucha, su identidad personal y las motivaciones para vivir, las cuales los llevan poco a poco a la apatía, cuando no, a la autodestrucción.

Para comprender el fenómeno de la exclusión social, según García Roca (1993; 1995), hay que representarla como la conjunción de tres vectores: el económico, el social y el personal. Se debe observar el resultado de tres procesos sociales con sus propias lógicas: el de integración, el de marginación y el de exclusión, así como la confluencia de tres desarros con sus respectivas tramas: el laboral, el relacional y el personal.

El primer vector está compuesto por elementos estructurales, y es llamado «exclusión social», se sustancia en la carencia de recursos materiales que afectan a la subsistencia. La «vulnerabilidad vital», caracterizada por la disociación de vínculos sociales, la desafiliación y fragilización del entramado relacional, es el segundo vector formado por elementos contextuales. Y finalmente, elementos subjetivos le dan forma al tercer vector, marcado por la erosión de los dinamismos vitales, este vector es llamado «precariedad cultural».

En otro texto, el mismo autor señala que:

La experiencia contemporánea de la exclusión se ha puesto en relación con tres rupturas que originan circuitos excluyentes y ondas expansivas en su entorno: la fractura de una organización mundial que orilla y expulsa a dos tercios de la humanidad; la fractura de los mundos vitales y de las relaciones, que se encarna en desafiliación y ruptura de los vínculos sociales; y la fractura de los desarros personales que debilitan la capacidad de amar y de esperar, de desear y de soñar (García Roca, 2001, p. 171).

Así pues, desde lo descrito sobre la exclusión social se puede entender que los excluidos son la patente de una vida humana truncada en su identidad, en su actividad y en su convivialidad, es decir, en su «ser», en su «hacer» y en su «convivir», tres de los cuatro pilares a los que la educación debe responder o soportar. Guerrero e Izuzquiza (2004) mencionan que el excluido está en el imaginario social como el que no

es nadie, no tiene a nadie y no tiene nada que hacer. Por consiguiente, no tiene nombre, no tiene la palabra, no tiene voz y no tienen libertad; en suma, es simplemente quien no existe. Todos ellos son seres humanos que no han elegido ese lugar en la sociedad, sino que esta los ha puesto ahí: en la nada del mundo.

Aunado a lo anterior, se encuentran ideas como las de Thai Hop (1995), en la que se refiere a estas personas de manera despectiva al hablar de ellos como los hombres y mujeres llamados «de la calle», los desechables, los sobrantes, los náufragos, los desconectados, las víctimas, los sacrificados, los crucificados, los últimos, los sin voz, los ignorados, los no viables, los inservibles, los irrelevantes, los invisibles, los insignificantes, los no personas, los nadie, la basura humana, desechos humanos. Respecto a lo anterior, encontramos una postura contraria, como la de Bauman (2009), la cual señala a la comunidad como un lugar cálido, acogedor y generador de seguridad, el cual elude al ser humano y lo deja inmerso en un mundo hostil. Se ha perdido el paraíso, es decir, la comunidad, esa «comunidad elusiva», y ha dejado solo la comunidad real, esa en la que “vivimos tiempos despiadados, en tiempos de rivalidad y competencia sin tregua, cuando la gente que nos rodea parece ocultarnos todas sus caretas y pocas personas parecen tener prisa alguna por ayudarnos, cuando en contestación a nuestros gritos de auxilio escuchamos exhortaciones a cuidar de nosotros mismos” (p. 7).

Finalmente, en esta sociedad excluyente existe también la aterradora falta de ternura y solicitud de unos para con otros y de todos para con la naturaleza y el propio futuro. En efecto, a nuestro mundo le falta alma, sensibilidad, le falta la ternura del ánimo y le sobran algunas formas de animus, que le hacen más violento (Meza, 2018). Por eso es necesario reanimar la tierra, apostar por una humanidad nueva con un crecimiento espiritual que cultive la interioridad y vigorice el amor, para que el mundo se plenifique (Boff, 1982).

Pedagogía de la ternura

Para abordar el tema de la ternura en el campo de la educación, es importante tener presente algunos conceptos afines tales como delicadeza, amor, cariño, dulzura, afecto, caricia y cordialidad, para poder acercarse a la riqueza de su contenido. Por ejemplo, desde la etimología, el término «ternura» proviene del latín *tēnērītas, ātis*, que significa “cualidad de lo que es tierno, terneza, blandura, delicadeza”. Con ello, se evoca la idea de algo pequeño, frágil o delicado, por tanto, privado de dureza y de rigidez. En este sentido, se puede pensar como una inclinación de amor o afecto interior —que se experimenta como participación viva, afectuosa y dinámica—, pero también como una actitud cariñosa y protectora hacia alguien.

Por otra parte, el adjetivo «tierno» —del latín *tener, ěra, ěrum*— hace referencia a lo blando, dúctil, flexible, sensible, afectuoso o amoroso; pero también se puede abordar desde la raíz latina *tendere*, que hace alusión a extenderse hacia, encaminarse, dirigirse a, orientarse o proyectarse. En este sentido, el vocablo ternura se refiere al encuentro buscado que se da entre personas en una relación real de entrega y reciprocidad. Y tierno/a es la persona que, con un corazón generoso, regala a manos llenas cariño con atenciones y cuidados (Meza, 2007; 2018).

Así pues, se puede pensar que la ternura es flexibilidad, permeabilidad, apertura de corazón, disponibilidad, solicitud, benevolencia, amabilidad; dulzura que empapa el espíritu, delicadeza y encanto por la belleza del mundo y del ser humano en cuanto tal. Por tanto, la ternura se opone a dos actitudes existenciales muy presentes en el mundo actual como son la indiferencia y el individualismo. Ella rompe con la dureza de corazón y elimina las fronteras separatistas del individualismo, visto este como egocentrismo, indiferencia, rechazo de diálogo y de intercambio (Rocchetta, 2002). En esta misma perspectiva Bartolomei señala que la ternura es:

(...) reciprocidad entre iguales, ausencia de sumisión, cancelación de la figura del dominio, del dueño y del súbdito, descubrimiento y creación de relaciones que renuncian al catártico teatro de las figuras del *inimicus* (el enemigo privado) y del *hostis* (el enemigo público); que renuncian a la oposición entre centro y periferia: dónde el centro es todo «yo», y la periferia son «los otros» (Citada por Rocchetta, 2002, p. 36).

Desde esta dinámica de reciprocidad, de dar y recibir, de ofrecerse y acoger, de salir y dejar entrar, de propiciar encuentros, la ternura se expresa en tres notas fundamentales:

1. Como una forma generosa y privilegiada de comunicación —a través de palabras, sonrisas, miradas, gestos, caricias—, para expresar y compartir todo el ser con quien se tiene al lado.
2. Como la antesala para la convivencia entre los seres humanos y mejor aún la «puerta abierta para la inclusión», ya que esta abre las puertas del corazón para entrar en relación con los demás. Es un paradigma de convivencia (Restrepo, 2003).
3. Como un lazo o vínculo que favorece el crecimiento de la vida afectiva, la confianza y la seguridad entre los seres humanos, y posibilita la capacidad de afrontar las dificultades que surjan a lo largo de la vida (Duque y Bedoya, 1998).

El contenido de la ternura es eminentemente interactivo: es abrirse al encuentro, ofrecer, recibir, compartir, hacerse capaz de «compasión» sincera y generosa, incluso, cuando se impone desde fuera (conmoverse, enternecerse por algo o por alguien), con este sentimiento nos dirigimos a la vitalidad interior, a la orientación que «mueve hacia», que «dispone a» y «dispone para» (Rocchetta, 2002, p. 32).

Por eso, decir ternura es decir amor, ambas son inseparables, pero distintas a la vez; no se identifican, sino más bien se retroalimentan. “La ternura nos habla de una dimensión específica de la manifestación del amor caracterizada por un dato de desbordamiento, sobreabundancia, exceso [...] por el rostro vulnerable del amor que nos acerca y entrega” (Martínez-Gayol, 2006, p. 279).

Pero también es imprescindible tanto la experiencia del amor como el de la ternura para llegar a vivirse en plenitud humana, ya que la persona no puede vivir sin amor y sin ternura, porque estas han sido desde siempre una necesidad existencial. «Necesitamos ternura» es hoy uno de los gritos de la humanidad en todos los campos para vivir y convivir, para realizarse humanamente en el encuentro con todo y con todos. Encuentro que se realiza con una multiplicidad de interlocutores los cuales posibilitan el «acabarse de hacer del ser humano».

Así pues, la ternura es un factor indispensable en el proceso de hominización, mejor aún, «el ser humano nace fundamentalmente de la ternura». La ternura es la «cuna del ser», en ella se produce lo que se puede llamar la «eclosión del ser» (Martínez-Gayol, 2006). Por tanto, lo fundamental en la existencia humana no es la razón, sino el amor; no es el logos, sino el eros y el ágape que es el sentimiento, la afectividad y las expresiones que de ellos se derivan —eros, pasión, ternura, solicitud, compasión, amor—; ya no es el *cogito, ergo sum*, sino el *sentio, ergo sum*, es decir, el *pathos* está por encima del logos, sin negar que ambos se complementan en el ser humano (Boff, 1982).

Hoy no se puede hablar de que exista una genuina humanidad si no hay ternura, porque esta mide el nivel de humanidad alcanzado por el individuo y la sociedad; de ahí la afirmación: “el grado de sensibilidad por los sufrimientos de los demás [...] es el índice del grado de humanidad alcanzado [...]”. Lo contrario de la humanidad es la brutalidad, la

incapacidad a reconocer la humanidad del prójimo, la incapacidad de ser sensibles a sus necesidades, a su situación” (Rocchetta, 2002, p. 35). Otros autores también señalan que “la ternura es el exceso [sobreabundancia] del amor, la respuesta que el amor ofrece cuando se ve desafiado” (Bueno, 1996, p. 268); del mismo modo, Restrepo (2003) define:

Ternura como valor a la vez íntimo y público, que entiende la democracia como una caricia social, y el conflicto como posibilidad de confrontar amorosamente al diferente. Ternura como acto político, capaz de cubrir con una inmunidad ética y cultural a los niños y a los jóvenes para separarlos del crudo aprendizaje de la guerra (p. 223).

Cabe destacar que la auténtica ternura no es signo de debilidad, ni mera efusión de sentimientos fuera del control de la razón; no es para los débiles, menos aún para los cobardes y los viles, sino para los fuertes, los valientes, para los que son capaces de generosidad y de responsabilidad, porque la ternura encierra en sí la fortaleza, ella nace del vigor interior; requiere del coraje de comprometerse por alguien, el coraje de descentrarse y abrirse al prójimo con gestos concretos, el coraje de arriesgarse y arriesgarlo todo por amor (Bueno, 1996). Por eso, con todo el vigor del *animus* y toda la expansión del *anima*, “ser tierno con fortaleza y fuerte con ternura” (Rocchetta, 2002, p. 42) es uno de los más altos grados de una vida auténticamente humana, la cual es posible mediante una pedagogía de la ternura en esta perspectiva revolucionaria (Cussiánovich y Schmalenbach (2016).

La ternura de Jesús con los excluidos

En la escritura bíblica, el concepto «ternura» corresponde a una rica constelación de términos hebreos y griegos que dejan entrever aspectos y acentos diversos, además de complementarios. Misericordia, clemencia,

compasión, condescendencia, ternura, generosidad, benignidad, piedad, bondad, cariño, benevolencia, gratuidad, entre otras, son la traducción que de ordinario se hace de los términos hebreos *rahûm*, *hannûn*, *hásæd* y de los términos griegos *splágchna*, *oiktirmós*, *chrestótes*, *eleos*; términos todos ellos que expresan el contenido del amor de Dios (Meza, 2006; 2007).

La ternura entrañable de Dios para con el ser humano se manifiesta en el corazón acogedor de Jesús, que es sensible, cercano, solidario, compasivo, benevolente para con todos los seres humanos, pero de manera preferencial para con los excluidos. “La ternura de Jesús revela cuanto más de humano existe en Dios y cuanto más de divino existe en el hombre” (Rocchetta, 2002, p. 133).

Como se mencionó en el apartado anterior respecto a que los excluidos son la viva imagen de una vida deshumanizada, es decir, una vida humana truncada en su identidad, en su actividad y en su convivialidad, o bien, en su «ser», en su «hacer» y en su «convivir», el excluido es aquel que en el imaginario se representa o se experimenta a sí mismo como el que «no es nadie, el que no tiene a nadie y el que no tiene nada que hacer». Dentro de los muchos iconos que se presentan en los evangelios, señalamos tres figuras icónicas para cada situación planteada, así como la pedagogía de la ternura con la que Jesús manifiesta su amor entrañable para con cada uno de ellos.

“No soy nadie” (Jn 4: 4-42). Para hablar de este tipo de excluido se toman las interpretaciones hechas por Vanier (2004) y Brown (1979) sobre este texto evangélico. A partir de sus argumentos, se puede afirmar que esta expresión del mundo de los excluidos la representa muy bien la «samaritana», la mujer —tal vez— más herida del evangelio, quien forma parte de una comunidad que es despreciada en el pueblo judío. En este

lugar ella es marginada: es excluida. Ante el rechazo de su propia gente—incluso de la gente piadosa de su tierra—, ella se percibe rechazada también por Dios.

Esta mujer que no tiene nombre va por agua a mediodía, sola, cuando lo lógico es que fuera junto con otras mujeres muy temprano antes de que el sol quemara o después de la caída del sol. Pero si la samaritana era una mujer de mala vida, quizás prefería ir al pozo cuando no había nadie para no crear polémica o para no sentirse fuera de lugar, incomoda, pues no formaba parte de la pequeña comunidad de mujeres del pueblo; no compartía ni su modo de vida, ni sus preocupaciones, ni sus alegrías.

Puede ser que no hubiese conocido sino la miseria; nada de compañía, de comprensión, de amor. Aunque había tenido cinco parejas, ninguno había cumplido con su función de esposo; tenía un hogar deshecho viviendo en la soledad. Era una mujer profundamente herida en su identidad y en su integridad; en su interior sonaba: «No soy nadie». Sin embargo, en el texto evangélico se descubre que una vez, al acercarse al pozo, estaba Jesús sentado, descansando. Él no la juzgó por su mala vida, sino que le dijo: «Te necesito: dame de beber» —rompiendo, incluso con las normas sociales—. Jesús primero la provoca en su identidad para abrirla a los demás: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?”. Después para ofrecerle vida plena —capaz de hacer de ella portadora de la misma vida de Dios—, hace que un río que brote como una fuente de vida y dice: “El que bebe del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna”.

Jesús despierta el anhelo de vida en la mujer: “Señor, dame de esa agua...”, y por medio de este encuentro, la transforma en testigo del amor. Ella sale corriendo al pueblo y por su testimonio la gente se

convierte, creen en la palabra de la samaritana. De la misma manera, en cada ser humano hay un pozo de ternura, una fuente que puede dar vida, una fuente que puede dar el amor mismo de Dios; esto es lo que Jesús le reveló a la samaritana, le dijo: “Eres alguien importante”.

“No tengo a nadie” (Jn 5: 1-15). La representación bíblica de esta segunda tipología de exclusión está hecha a la luz del análisis hermenéutico de Rocchetta (2002) y Mateos y Barreto (1979) acerca del enfermo junto a la piscina de Bethesda; es un tipo de personaje que caracteriza la afectación que se tiene al tener relaciones humanas complejas y con experiencias negativas de convivencia. El Evangelio expresa que lleva 38 años solo y enfermo, sin contar con nadie; sin que nadie quiera tenderle la mano para ayudarlo a curarse, en palabras del personaje: «no tengo a nadie...». Toda una vida en el drama de una soledad que parece no tener solución, en el límite de la resignación total, ya que después de varios intentos por bajar a curarse en las aguas sanadoras, otros le ganan, así lo expresa el texto: “Mientras yo voy, otro baja antes que yo”. Pero Jesús lo ve “viéndole tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo”, entonces, de esa mirada brota la compasión, por eso toma la iniciativa para ofertarle la salvación —curación— y le dice: “¿Quieres curarte?”, Enseguida le dice: “Levántate, toma tu camilla y anda». Así, esta acción solícita de Jesús es un gesto de participación personal ante el drama de quién no tiene a nadie. Ese «levántate» manifiesta la gracia de una vida recuperada por la fuerza del amor hecho ternura. De ahí que sea razonable aquella afirmación de Marcel: “amar a alguien significa decirle: ¡No morirás!” (Marcel citado por Rocchetta, 2002, p. 139).

“No tengo nada que hacer” (Mt 20: 1-16). Para presentar el tipo de excluidos que se relaciona con este enunciado, se hará a través de una parábola del Reino: el contratista generoso que quería trabajo para todos (Pagola, 2013). La parábola describe cómo el mismo dueño de la viña

sale a diferentes horas del día a contratar trabajadores. Únicamente con los primeros queda de acuerdo sobre el pago y a los demás les dice que les pagará lo que sea justo. El Evangelio dice que al ver a unas gentes en las plazas sin hacer nada —paradas—, les ofreció trabajo. Esto mismo lo hizo dos veces más. Finalmente, cuando el sol está declinando, sale y se encuentra a otros que le dicen que están parados porque nadie los ha contratado —tal vez estos últimos parados, eran viejos o enfermos que nadie quería— y también les da trabajo, sin mencionar ya nada sobre el pago. Llegada la hora de recibir el jornal, todos reciben lo mismo, un denario, es decir, lo necesario para un día.

Hay que destacar aquí algunos elementos: el dueño es quién busca a sus trabajadores, pero es un dueño sorprendente e insólito que se sale de los esquemas normales (a quién se le ocurre contratar gente ya tarde); sin embargo, este contratista ve que hay gente desempleada y se compadece de ellos al ofrecerles y darles lo justo, así su justicia se ve desbordada por el amor. Lo anterior señala que es un dueño más que bueno, al ofrecer trabajo y dar más de lo esperado, de esta manera asegura la vida —el alimento— de una familia. El Dios de Jesús es el Dios que quiere trabajo y pan para todos. La actitud ante los primeros que querían más pago está en la misma línea de la actitud del padre con el hijo mayor en la parábola del hijo pródigo.

Así pues, la ternura representa la práctica amorosa y entrañable de Jesús, su empatía y simpatía *con-por-y-para* el otro. Ella es la envoltura del amor, el clima de atención y efusión afectiva indispensable para que el amor pueda manifestarse, realizarse y ser una experiencia en toda su profundidad. De ahí que, la entrañable opción por los excluidos de su tiempo—publicanos, prostitutas, endemoniados, enfermos, ciegos, leprosos, pecadores, paganos, extranjeros, mujeres, viudas, niños, pobres, ricos, enemigos, malhechores, traidores, criminales— sea una de las

experiencias más significativas y uno de los datos más verificados del actuar histórico de Jesús, *ipsissima facta*. Todos ellos son interlocutores de su ternura entrañable. En este sentido, Sanders (2000) observa que, entre los elementos más ciertos de la tradición, se destaca la provocativa simpatía de Jesús hacia los pecadores y su solidaridad hacia los excluidos. Todos encontraban en Él sin duda, un horizonte de futuro. Jesús llamaba a los pecadores y, al parecer, frecuentaba sus hogares y su compañía para ofrecerles su amistad mientras eran todavía pecadores.

Refiriéndose a este actuar histórico de Jesús, Rocchetta (2002) señala que:

La plena humanidad de Jesús lleva históricamente consigo una plena asunción de los sentimientos humanos, en particular de la ternura como acto afectuoso, como vivencia orientada a la «bene-volencia» y a la piedad. [...] Cada vez que los evangelios se refieren a la «com-pasión» de Jesús remiten a un sentimiento, a un modo de sentir experimentado realmente por él, encarnado en primera persona, a una aproximación suya a los necesitados, con todo lo que esto implica en el plano de la participación y de la disponibilidad al servicio hasta la entrega de la misma vida. (p. 134).

Por otro lado, en Lucas —el Evangelio de la misericordia—, se percibe a un Jesús muy humano, lleno de «ternura solidaria» y «defensor de los derechos humanos». Se descubre en este Evangelio que son muchos los signos con los que Jesús proclama la gratuidad del amor y la fuerza de entrañable ternura; Él se muestra siempre sensible con un trato amistoso, cercano, abierto y comprensible con los grupos sociales y religiosamente excluidos: principales destinatarios de la salvación. Hay en Él una disponibilidad y una predilección para acogerlos y dejarse acoger, para estar con ellos y ofrecerles la salvación. Su ternura es así: *com-pasión*, es decir, «pasión compartida», participación profunda no apática sino empática y simpática.

Pagola (2006) observa que la dignidad de los últimos es la meta de Jesús, lo que entendió como «Reino de Dios» era la irrupción de su *compasión* en el mundo, la cual había de dirigir e impulsar todo hacia una vida más digna y dichosa para todos, empezando por los últimos. Este trato humano de Jesús se deja ver en la ternura y el dolor compartido con su acontecer, se encuentra entonces una marca de ternura empática en las historias de: una pobre viuda que va a enterrar a su único hijo (Lc 7: 11-17); en la acogida cariñosa a la pecadora conocida de todos pero que llora sus pecados (Lc 7: 36-49); al aceptar dialogar con diez leprosos y ofrecerles la seguridad de la curación (Lc 17: 11-19); al hospedarse en casa de un jefe de publicanos con la convicción de que también este pecador es hijo de Dios (Lc 19: 1-10), y hasta en el diálogo esperanzador con el ladrón, compañero de suplicio para abrirle las puertas del paraíso (Lc 23: 39-43). De hecho, todos querían tocarlo porque manaba de su ser una fuerza sanativa, su sola presencia transmitía confianza; hacía que las personas se sintieran muy bien, a gusto, acogidas y amadas, además, despertaba en ellos sus energías y hacía que volvieran a soñar.

La ternura de Jesús es también una «ternura profética», que no tiene nada que ver con besos y abrazos ingenuos, sino que es una ternura acompañada de todo el vigor y de toda la fuerza del *animus*. Se trata de una ternura que es a la vez amorosa y denunciante. Pues frente al sistema de exclusión, de segregación y culpabilización existente en su tiempo, Jesús toma una postura totalmente contraria, un comportamiento nuevo y singular, como ternura solidaria —efectiva y afectiva— signo del Reino (Pikaza, 1990).

Por ejemplo, el gesto de Jesús de sentarse a la mesa con los publicanos y los pecadores, y hasta de llamar a seguirlo a uno de ellos (Mc 2, 13-14), representa un acto inaudito de ruptura radical con la mentalidad de su tiempo y de todos los tiempos. Lo mismo se puede decir de la invitación

de Jesús a vivir el mandamiento del amor de una manera totalmente nueva, desconcertante y desafiante. La ley nueva del amor consiste en vencer el mal con el bien. Una paradoja que exige una auténtica y original «revolución cultural», requiere en efecto, una nueva mentalidad y un modo radicalmente inédito de concebir la vida y la misma estructuración social. Jesús introduce así en medio de la sociedad una alternativa que lo transforma todo.

Hay que concluir diciendo que Dios es ternura, entrañas. Para Jesús, Dios es el padre-madre que da vida, alimenta y cuida. La ternura es su modo de ser Dios, su primera reacción ante sus hijos e hijas, su principio de actuación. Dios siente hacia sus criaturas lo que una madre siente hacia el hijo que llevó en su vientre. Así como la madre tiene querer, tiene ternura y ansia por su hijo más que misericordia, así también el ser humano, para Dios, antes de ser miserable —digno de misericordia—, es querible —digno de ternura—. Todo el evangelio proclama que lo que salva al ser humano, no son las leyes civiles ni las normas canónicas, sino el amor más tierno y preocupado que cuida de los que ama, que abraza con cariño o se dedica humildemente a lavar los pies.

Educar en la ternura es educar en la experiencia fundamental del ser humano, tanto en su génesis como en el progresivo desarrollo de su vida; es educar en la generación de la confianza básica y del sentido de pertenencia a una familia por las cuales se adquiere independencia y autonomía. Es hacer de ella un paradigma de convivencia y puerta abierta para la inclusión: base de un diálogo genuino. Es vivir el don de ser acogido y poder compartir. Es llevar al ser humano a desbordarse gratuitamente en amor, manifestado en una relación de cercanía. Es despertar en el ser humano la conciencia de «ser-humano» consigo mismo y con todo su hábitat, brindando la posibilidad del «acabarse de hacer del ser humano». Es favorecer en las personas su expresión del *anima* y del *animus*, su fortaleza y vigor interior.

Reflexiones finales

Elementos de la ternura para una propuesta pedagógica

A la luz de lo ya mencionado, se infiere que un proyecto pedagógico ha de fortalecer una triple dimensionalidad del ser humano la cual promueva e impulse las razones para ser, para convivir y para hacer fortaleciendo la vida personal —identidad—, comunitaria —convivialidad— y ética —actividad— de los seres humanos. Por tanto, no es superfluo decir que la ternura es la más formidable, universal y misteriosa de las fuerzas divinas inscritas en el corazón del hombre capaz de transformar el mundo. Ella, en efecto, reemplaza a la cultura del dominio del mundo con la cultura del servicio del mundo; a la lógica del individualismo con la lógica del compartir, así como al principio de la sola ganancia con el valor de la solidaridad y a la brutalidad con la amorosidad.

Finalmente, siguiendo algunos fundamentos pedagógicos de la educación religiosa escolar que plantea Jiménez (2010) y Bravo (2006) desde la enseñanza de Jesús para una formación integral, se puede elaborar una pedagogía desde una educación basada en la ternura como se explica a continuación.

Una pedagogía experiencial: la mejor manera de considerar integralmente al joven en su formación es tomar en cuenta su vivencia como elemento central y el punto de partida de la pedagogía, de los métodos y de las técnicas que se van a utilizar. Este punto de partida ayudará a que la práctica de fe sea percibida como una profundización de la propia experiencia de vida y no como una huida de ella. Al mismo tiempo, permitirá la revisión profunda de «los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida» en una palabra de la «visión del mundo» que el estudiante tiene; desde ahí, es que hay que partir.

Una pedagogía transformadora y liberadora: siendo conscientes de que uno de los rasgos fundamentales de la vida de Jesús fue su anuncio y vivencia del «Reino de Dios». A partir de las reflexiones de la Iglesia latinoamericana en Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida sobre la evangelización entendida como una buena noticia que libera e invita a vivir la plena dignidad de los hijos de Dios. Una evangelización que crea nuevas formas de relaciones fundadas en la fraternidad y en la acogida y que además promueve la participación de todos para la construcción de una nueva sociedad.

Esta pedagogía considera al estudiante como un ser abierto a la realidad; valora la acción transformadora, porque lo va haciendo más libre y contribuye a desarrollar su sentido de la responsabilidad. Así mismo atiende a todas las dimensiones de su existencia: no lo aparta de la vida, no lo mantiene en la simple comprensión intelectual de la realidad, sino que lo lleva a buscar caminos para actuar en ella y transformarla. Lo lleva a enfrentar el dilema existencial de ser libre o no serlo, de querer ser o temer ser, de ser él mismo o ser otro, de expulsar de sí al opresor o mantenerlo dentro, de hacer opciones o cumplir órdenes, de participar o de ser espectador. Por eso, en el centro de su acción transformadora hay un llamado a una profunda conversión a Dios y a la lógica del Evangelio.

Una pedagogía para la convivencia-comunitaria: Dios quiso salvarnos «no aisladamente, sino formando un pueblo». Partiendo de esta idea, no es posible vivir la dimensión religiosa —vivir la fe— sin la comunidad, ya que en ella se recibe, en ella se celebra, desde ella se comparte. La relación pedagógica pasa pues, por la comunidad de fe. La transformación personal y social requiere una experiencia comunitaria como lugar en el que se puedan gestar experiencias nuevas de relación, encuentro y fraternidad. En tal sentido, la comunidad refuerza y confirma la verdad de la transformación que se ha realizado, estimula la creatividad para transformaciones más amplias y profundas además de ser expresión y fruto de las nuevas actitudes y valores asumidos en libertad.

Una pedagogía coherente y testimonial: no debería haber diferencia entre lo que se aprende —la experiencia del amor del Padre, la presencia de Jesús, el dinamismo del Espíritu— y la forma cómo se aprende —viviendo relaciones fraternas en la comunidad—. El medio se identifica con el mensaje. El anuncio es un mensaje que se acoge por la coherencia que existe entre el contenido que se anuncia y el modo de anunciarlo, entre lo que se ha visto y lo que se ha oído.

Una pedagogía participativa: generar en los educandos una capacidad reflexiva y creativa, para estimular el intercambio y promover el uso de la palabra y las acciones de conjunto, para educar en la capacidad de pensar y tomar decisiones, valorando el punto de vista de cada uno y no solamente el de la autoridad y expresa la convicción de que la verdad surge de la búsqueda común y de que todos tienen posibilidad de acceder a ella. La participación no anula la autoridad: la entiende como guía, orientación y servicio, especialmente cuando es experiencia de vida que se comparte.

Una pedagogía personalizante y personalizada: que asume al educando en su condición de persona y procura su crecimiento como persona y como creyente. Responde especialmente a sus necesidades de maduración afectiva, reconoce y estimula el descubrimiento, desarrollo y utilización de sus cualidades.

Una pedagogía integral: la experiencia humana es la vivencia de la realidad a través de una totalidad que incluye procesos cognoscitivos —percepción, memoria, fantasía, pensamiento—, procesos afectivos —necesidades, emociones, sentimientos, preferencias, gustos— y procesos activos —acciones, conductas, hábitos, costumbres— que funcionan en forma conjunta sin que sea posible distinguir cuál es el primero o el más importante. Estos tres procesos básicos están en juego al mismo tiempo en toda experiencia humana.

La tarea no está hecha ni terminará de hacerse, porque el ser humano se hace en el día a día. Sin embargo, hay algunos elementos que nos pueden iluminar en el camino hacia ese horizonte siempre nuevo de formación humana, como es la educación. El ser humano no puede vivir sin amor y sin ternura, estas han sido desde siempre para él una necesidad existencial. «Necesitamos ternura» es hoy uno de los gritos de la humanidad en todos los campos; la ternura es una necesidad existencial para vivir, para convivir, para realizarse humanamente en el encuentro con todo y con todos.

El ser humano se va configurando como tal, a partir de una serie de encuentros —consigo mismo, con los demás, con la realidad, con la naturaleza y con la alteridad— desde su nacimiento hasta su muerte. En estos múltiples encuentros es donde la ternura juega un papel importante e imprescindible para que la persona alcance su desarrollo integral y pleno en una vida en el amor. Así se entiende entonces, que el encuentro biológico del recién nacido con el vientre de la madre, el encuentro personal con el mundo del afecto, el encuentro cultural con una realidad tierna; por último, el encuentro efectivo y afectivo con lo trascendental de la vida, posibilitarán el “acabarse de hacer del ser humano” (Martínez-Gayol, 2006).

Referencias

- Aguado, G. (2018). *Pedagogía de los cuidados. Aportes para su construcción*. Fundación InteRed.
- Bauman, Z. (2009). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Siglo XXI Editores.
- Boff, L. (1980). *El Ave María. Lo femenino y el Espíritu Santo*. Bogotá: Indo-American.

- Boff, L (1982). *San Francisco de Asís: ternura y vigor*. Sal Terrae.
- Bravo, A. (2006). *El estilo pedagógico de Jesús maestro*. Paulinas.
- Brown, R. E. (1979). *El Evangelio según Juan*. Cristiandad.
- Bueno, E. (1996). La reconciliación con la realidad: entre la melancolía y la ternura. *Surge*, 54(576), 259-272.
- Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*. Paidós.
- Cussiánovich, A. (2010). *Aprender la condición humana. Ensayo sobre la pedagogía de la ternura*. Instituto de Formación de Educadores de Jóvenes, Adolescentes y Niños Trabajadores de América Latina y el Caribe. <http://bibliotecadigital.cenamec.gob.ve/index.php/aprender-la-condicion-humana/>
- Cussiánovich, A. y Schmalenbach, C. (2016). La Pedagogía de la Ternura - Una lucha por la dignidad y la vida desde la acción educativa. *Diálogos*, (16), 63-76. <https://doi.org/10.5377/dialogos.v0i16.2516>
- De Zubiría, J. (2006). *Los modelos pedagógicos. Hacia una pedagogía dialogante*. Magisterio.
- Delors, J. (1996). *La educación encierra un tesoro*. UNESCO. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000109590_spa
- Duque, H. y Bedoya, W. (1998). ¡Póngale ternura a la vida! Paulinas.
- García Roca, J. (1995). *Contra la exclusión: responsabilidad política y compromiso de todos*. Sal Terrae.
- García Roca, J. (2001). *En tránsito hacia los últimos. Crítica política del voluntariado*. Sal Terrae.

- García Roca, J. (1993). La exclusión como llamada. *Sal Terrae*. 81(957), 327-341.
- Ginestet, M. y Meschiany, T. (2016). *Historia de la educación: culturas escolares, saberes, disciplinamiento de los cuerpos*. Edulp. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.437/pm.437.pdf>
- Guerrero, J. A. (2007). La ambigüedad de decir nosotros: soledad y exclusión en nuestra cultura. *Sal Terrae: Revista de teología pastoral*, 95(1113), 469-481
- Guerrero, J. A. e Izuzquiza, D. (2004). *Vidas que sobran. Los excluidos en un mundo en quiebra*. Sal Terrae.
- Jiménez, G. (2010). *Fundamentos pedagógicos de la educación religiosa escolar*. [Curso en el ITEPAL].
- Manen, M. (2010). *El tacto en la enseñanza. El significado de la sensibilidad pedagógica*. Paidós.
- Martínez-Gayol, N. (2006). *Un espacio para la ternura. Miradas desde la teología*. Universidad Pontificia Comillas - Desclée de Brouwer.
- Mateos, J. y Barreto, J. (1979). *El Evangelio de Juan*. Cristiandad.
- Meza, G. (2006). Hacia una pastoral de la ternura en el camino del seguimiento del Señor. *Medellín*, 32(127), 375-420.
- Meza, G. (2007). La ternura una respuesta pastoral para los excluidos hoy. *Cuestiones Teológicas*, 34(82), 423-452.
- Meza, G. (2016). El 'vivir nosotros' amerindio vs 'decir nosotros' de la globalización. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 37(114), 151-166. <https://doi.org/10.15332/s0120-8462.2016.0114.07>

- Meza G. (2018). El cuidado para la humanidad: una mirada desde la antropología de la ternura. *Cultura de los Cuidados*, 22(52), 153-166. <https://doi.org/10.14198/cuid.2018.52.14>
- Moliner, M. O. (2013). *Educación inclusiva*. Universitat Jaume I. <http://repositori.uji.es/xmlui/bitstream/handle/10234/72966/s83.pdf>
- Pagola, J. A. (2013). *Jesús. Aproximación histórica*. PPC-Editorial.
- Pikaza, X. (1990). *Trinidad y comunidad cristiana. El principio social del cristianismo*. Secretariado Trinitario.
- Plancarte, P. A. (2017). Inclusión educativa y cultura inclusiva. *Revista de Educación Inclusiva*, 10(2), 213-226.
- Restrepo, L. C. (2003). *El derecho a la ternura*. Arango Editores.
- Rocchetta, C. (2002). *Teología della tenerezza. Un 'vangelo' da riscoprire*. Edizioni Dehoniane Bologna.
- Sanders, E. P. (2000). *La figura histórica de Jesús*. Verbo Divino.
- Thai Hop, N. (1995). Los excluidos, extraña criatura de una sociedad rica. *Páginas*, 20(132), 38-40.
- Vanier, J. (2004). *La fuente de las lágrimas*. Sal Terrae.